

BENEDETTO CROCE

El pasado 20 de noviembre falleció, en Italia, a los ochenta y seis años de edad, el célebre pensador cuyo nombre encabeza estas líneas.

Al proponerse aquí rendir un póstumo recuerdo a su memoria, voy a eludir *ex professo* cualquier referencia a su ideario religioso o metafísico, de cuya innegable heterodoxia estamos los españoles de hoy, a Dios gracias, bastante distanciados. Mi propósito es únicamente glosar la faceta preminente que, entre las muchas suyas, emerge en su recia personalidad, la cual no es otra sino la de esteticista, esto es, la de cultivador con reflexiones filosóficas y con intuiciones poéticas del atrayente agro estético. Esta faceta bien puede ser perfilada mediante definidos rasgos peculiares, según procuraré exponer a continuación.

Un primer rasgo del pensamiento croceano es la concepción de la filosofía, cual eco hegeliano, como ciencia de cualidades (*scientia qualitatum*) y que, en cuanto tal, se opondría a las matemáticas o ciencias de la cantidad (*Estética*, pág. 16). De ahí que, para él, en el terreno propio de la filosofía de lo bello, el «problema máximo» sea precisamente el de la fundamentación de la estética (*Estética*, pág. 129). Y otra consecuencia de esta misma postura es su cualificación como pseudoestéticos de muchos conceptos afines al de belleza (lo sublime, lo gracioso, lo trágico, lo cómico, etc.), hasta el punto de propugnar que su dilucidación incumbe sólo a la psicología (*Estética*, pág. 98).

El segundo perfil croceano que me interesa destacar aquí, por ser muy revelador de su temperamento, es la tendencia a identificaciones paradójicas, que llega a equiparar realidades usualmente tenidas por heterogéneas y hasta opuestas. «Reducción de la filosofía del derecho a la filosofía de la economía» (*Riduzione della filosofia del diritto alla filosofia dell' economia*) rotúlase una de sus obras, con rotundidad harto significativa a nuestro respecto. Y para agregar sólo otro ejemplo, de índole estética, recordaré que, al tratar de la relación que media entre la actividad juzgadora, que critica y reconoce lo bello, por una parte, y la actividad artística que lo produce, por otra, no se re-

cata en sostener su equivalencia, defendiendo que «genio y gusto son substancialmente idénticos» (*Estética*, pág. 132).

Un tercer rasgo, muy sugerente, es la agudeza mental que Croce exterioriza en muchos de sus escritos, como en su biografía de Goethe, en cuyo pensamiento se inspira para enunciar hermosos aforismos, como al afirmar que «la musa ha sido hecha para acompañar, pero no para guiar» (*Goethe*, pág. 3), o que «guerra, comercio y piratería son una trinidad y no pueden separarse» (*Goethe*, pág. 123), o que «el moderado viene llamado con frecuencia *frío*, por hombres que se creen *calientes* más que otros, pues los embiste un fugaz acaloramiento» (*Goethe*, página 72). Estos aforismos, y otros muchos, vienen a corroborar con vigor el aserto goetheano-croceano: «no indago, siento solamente» (*Goethe*, pág. 74).

Por último, justicia estricta parece ser rememorar, en esta ocasión, algo de lo mucho escrito por Croce en torno de la cultura española. A este efecto, sus monografías intituladas «La lengua española en Italia» (*La lingua spagnuola in Italia*), «Primeros contactos entre España e Italia» (*Primi contatti fra Spagna e Italia*), «España en la vida Italiana durante el Renacimiento» (*La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*), «Memoria de los españoles en la ciudad de Nápoles» (*Memoria degli spagnuoli nella città di Napoli*), «Versos españoles en loor de Lucrecia Borgia» (*Versi spagnuoli in lode di Lucrezia Borgia*) y «Los tratadistas italianos del conceptismo y Baltasar Gracián» (*I trattatisti italiani del concettismo e Baltasar Gracián*), así como otros muchos estudios suyos menos importantes, han venido a encarnar argumentos trascendentes para la aproximación cultural entre esos dos pueblos, el itálico y el hispánico, cuyas penínsulas se proyectan valientemente hacia el sur, cual si intentaran saciarse en esos impercederos valores mediterráneos, de cuya resonancia viene a hacerse eco, de continuo, el propio Benedetto Croce.

FERMIN DE URMENETA.